

NI HAMBRE NI SED

Desde el punto de vista fisiológico, la sed es una sensación compleja y multifactorial que desempeña un papel vital en la regulación de la homeostasis corporal, es decir, en mantener el equilibrio interno del cuerpo; el equilibrio dinámico que nos permite sobrevivir. Por otra parte, la vida se sustenta en un balance entre las acciones que debemos realizar en nuestro día a día y la capacidad que tenemos de llevarlas a cabo. Para poder cumplir con estas acciones, nuestro cuerpo necesita energía. Así, el cerebro se encarga de recopilar información y hacer que sintamos hambre e impulsarnos a comer, para conseguir, mediante los alimentos ingeridos, esa energía. De modo que el alimento y el agua nos proporciona el equilibrio y la energía que nos permite vivir.

Sin embargo, los informes actualizados de Naciones Unidas dan cuenta de 280 millones de personas que padecen hambre aguda en el mundo, 20 millones de las cuales, se encuentran en 9 países de América Latina; de que hemos completado 5 años consecutivos de crisis alimentaria en el mundo, de aumento del hambre o de muy escasa disminución, a causa de los conflictos bélicos, las graves crisis climáticas y los embates económicos; también hablan de 2000 millones de personas que beben agua con diversos grados de contaminación y, de una mucho mayor cantidad, que beben agua que se distribuye a través de sistemas expuestos a contaminación. Todo esto es causa de muerte para unos 400 mil menores de 5 años, anualmente en el mundo.

En el evangelio de este domingo, leemos un texto tomado del capítulo 6 del evangelio de Juan, un capítulo crucial en la maduración de la comprensión espiritual y la adhesión vivencial a la persona y al mensaje de Jesús. A lo largo de los evangelios se observa una progresión en la que se ve a Jesús como un profeta, un enviado de Dios, un Nuevo Moisés y el Mesías esperado. En este texto vemos a Jesús dar el paso de superar todas esas miradas y asumir una identidad que la Biblia solo le había reconocido a Dios mismo: “Yo soy...”, dice Jesús, rememorando el encuentro con Moisés, en el que Yahvé dice de sí mismo: “Yo soy el que soy”. En aquel encuentro se trata de una alianza en torno a la Ley y la ética de

cumplir. En el caso de Jesús, se trata de una alianza en torno al amor compasivo y la ética de la cordialidad.

Mirados en las dimensiones mundiales, el problema del hambre y la sed, parecen imposibles de solucionar. Mirados en su concreción material parecen un tema de un tipo diferente al que Jesús hace referencia con la metáfora del hambre y la sed, para hablar de las necesidades espirituales. Mirados en su entidad sacramental parece no tener relación, la promesa de no volver a padecer hambre ni sed, con la necesidad fisiológica de comer y beber diariamente. Sin embargo, solo considerando nuestras raíces celestes podemos descubrir que el secreto de los milagros no consiste en esperar una rápida intervención divina que resuelva las situaciones imposibles. El secreto de los milagros es que nos resuelven a nosotros: cambian nuestro corazón, nuestras miradas, el contenido de nuestras esperanzas. Y eso es lo que nos permite, en medio de las difíciles circunstancias que nos toca vivir, hacer una profunda re significación de nuestros intereses, de nuestros credos y prioridades.

Se trata de compartir una mesa común, en la que se revalide el lazo de familiaridad humana; de comer el pan bajado del cielo y de beber el agua de vida, alimentados con la entrega de Jesús, su mensaje y gestos; de ser partícipes de esa comensalía sagrada, que incluye a toda la humanidad y al universo entero en su sacramentalidad. En eso consiste el milagro de que lo espiritual se vuelva concreto y material, de que la compasión personal se extienda y se contagie, haciéndose colectiva y universal; de que lo que palpita en lo secreto del corazón, llegue a palpar en el corazón de la humanidad y de la historia.

Nos sentimos convocados por Jesús a creer que él es el pan bajado del cielo que alienta nuestra esperanza de no tener ni hambre ni sed, ecobiopsicosocioética y espiritualmente. ¡Amén!

Ana María Díaz, Ñuñoa, 4 de agosto de 2024